

Cuatro poetas sacerdotes de hoy

Miguel de Santiago

*Como ya hicimos en alguna otra ocasión en estas mismas páginas, damos cuenta de algunos libros de poesía publicados recientemente por sacerdotes. Es el caso del salesiano Rafael Alfaro con su voluminoso libro *Mi fe de vida* (Segunda antología, 1986-2008). También el de dos autores que presentan sus últimos poemarios galardonados con el Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística: el sacerdote diocesano Teodoro Rubio con *Tu mano todo el día y el teatino Valentín Arteaga con Oficio en mí menor*. Y también reseñamos el libro *Himnos para el éxodo que viene del sacerdote diocesano José Mascaraque*.*

Rafael Alfaro: densidad y belleza

¡España es así!¹. ¿Por qué este poeta, por el hecho de que sea sacerdote, no aparece incluido de modo habitual y con identidad de rango literario en la extensa nómina de poetas de su generación o promoción? ¿Quizá porque Rafael Alfaro comienza a publicar ya rebasada la cuarentena? Con veinte poemarios de gran altura lírica, en constante progresión, contrastada en cada una de las sucesivas apariciones desde 1971 hasta hoy, podemos decir que es uno de los autores a tener en más consideración, incluso en ámbitos más amplios de los derivados de su condición sacerdotal. Así termina uno de sus sonetos: «que para los poetas soy un cura / pero, para los curas, un poeta». En 1986 la antología *Escondida*

¹ La ocasión anterior queda reflejada en n.º 1.298, tomo 254, 2006, pp. 339-346.

senda (Ed. Cultura Hispánica) daba cuenta de poemas de los ocho libros editados hasta ese momento; ahora otra antología, *Mi fe de vida* (Calima Ediciones), lo hace de los doce poemarios posteriores. Encontramos aquí versos pertenecientes a libros tan contundentes como *Tierra enamorada*, *La otra claridad*, *Poemas para una exposición*, *Elegías del Rus*, *Los pájaros regresan a la tarde* y, sobre todo, *Apuntes de Alarcón* e *Indagación del otoño*; asimismo poemas estrictamente religiosos como los pertenecientes a *Salmos desde la noche*, *Dios del venir* y *Xaire* (*Poemas marianos*), y otros agrupados en los libros inéditos *Retratos y paisajes* y *Luces en el desván*.

Si algunos de estos títulos resultan prácticamente inencontrables, la antología *Mi fe de vida*, de más de trescientas páginas, sirve para dar cuenta y razón de una poesía consistente, de altos vuelos líricos, de gran perfección formal en los metros, los ritmos y las rimas. Ayuda mucho a la comprensión el prefacio que escribe Carmelo Guillén Acosta. Al final del volumen se incluyen algunos fragmentos de reseñas seleccionadas de entre las muchas que a lo largo de estos años los críticos han —hemos— escrito sobre la poesía de este salesiano, nacido en El Cañavate, provincia de Cuenca, en 1930.

Una de las cualidades de este poeta reside en el modo de trascender la realidad hasta hacer una poesía misteriosamente intimista, quizá mejor íntima, con muchos quilates de sentimiento, un canto sugerente, casi a media voz,

que se hace confidencia. Predomina la contemplación lírica que, por medio de logradas imágenes («El pueblo era una torre con los ojos / abiertos siempre, donde se enhebraba / negra la guerra azul de los vencejos / con un asombro que, por dicha, aún vive»), lleva a la reflexión de la transitoriedad de la vida y de las cosas de este mundo, con un tono elegíaco que atisba, sin embargo, horizontes de luz, el paraíso. Escribí hace tiempo en otro lugar (*Alor Novísimo*, n.º 2, marzo 1985, pp. 53-54) que, ante el fondo trágico de toda existencia, Alfaro ha optado por la serenidad, por la salida hacia el aura dulcemente nebulosa de una aspiración casi mística.

Una constante entrega a la creación poética le ha permitido, pese a la amplitud de su obra, superar y quintaesenciar los recursos temáticos y formales. Estamos ante una voz queda y sosegada, aparentemente sobria y sin complicaciones, que, no obstante, lleva fuego dentro, un enorme impulso vital. Han dicho de Rafael Alfaro que es un Fray Luis redivivo y que su tradición frayluisiana adquiere una renovación a fondo. La densidad y la belleza —con una voz moderna que rinde pleitesía a los moldes clasicistas— cobran en la voz de Alfaro una simbiosis de tradición y modernidad.

Los tres poemarios de tema religioso, de los que el autor dice que son textos de arranque místico y pastoral, nos llevan a la meditación lírica emparentada con los salmos bíbli-

Cuatro poetas sacerdotes de hoy

cos, con el recurrente *Cantar de los Cantares* y con la lírica navideña de larga tradición española. Quizá es en esta sección donde encontramos un soneto perfecto: el titulado «Marcado»:

«Ya, de tanto comer tu carne, sabe a tu carne este cuerpo que desvivo. Ya, de tanto beber tu sangre, sabe a tu sangre la tinta con que escribo.

Ya, de tanto nombrarte, dice el ave de mi verbo tu Verbo sustantivo. Ya, de tanto quererte, va mi nave ebria de Ti, a tu mar definitivo.

Has teñido mis labios con tu vino. Has tañido mi lengua con tu trino. Y has cuajado mi verso con tu nata.

Mi palabra da fe de tus señales. Y, grabando en mi piel tus iniciales, hoy un lucero clava en mí su plata».

Canta y celebra la vida circundante, homenajea, evoca con nostalgia personas (algunas muertas) y lugares (algunos devastados y en ruinas) donde fue feliz, pero late un tono elegíaco (la acción del tiempo, la fragilidad, la precariedad, la fugacidad, en suma, la condición humana): «pero por sus mejillas resbalaba / una lágrima inmensa como el mar»; «¡Cómo cambia las ramas de tu vida / el otoño: conviertes en la opulencia / de su oro tus hojas y, en herencia, / te deja una tristeza otoñecida...!».

Esa identidad o transposición del sujeto lírico que acabamos de ver y que se refugia en las diversas personas del verbo, recurso al que los poetas

suelen —solemos— acudir en determinadas ocasiones, podemos verla, por ejemplo, en el significativo poema titulado «Despedida»:

«Acostumbrado al paso de los días, el viajero siguió su senda. Vio cumplidas en su asombro sus agujas, y dijo adiós como si nada hubiera sucedido.

No obstante, contempló nuevos nombres escritos en la cal de sus paredes interiores. Era la cosecha de un tiempo ya imposible de olvidar. Apretó en gavillas de oro tanta vida. Miró a su alrededor y comprobó que nadie lo veía. Y, contra su costumbre, rompió a llorar inconsolablemente».

En resumen, y como aclara el propio poeta en una breve presentación de esta segunda antología de su obra, «la poesía adquiere en estas páginas una verdadera confesión de vida»; «aquí quedan, no obstante —añade—, estos versos como una pequeña huella de mi recorrido a través del tiempo que me ha tocado vivir». Estamos ante una poesía que constituye un apasionante viaje de ida y vuelta al interior del hombre. Y, aunque se adivine que vienen los ríos caudales, no han peligro de que se desborde la expresión, pues las metáforas se contienen y van a las esencialidades del alma de manera introspectiva. Dije en una ocasión (presentación del libro *Poemas para una exposición*, en la Tertulia Literaria Hispanoamericana el 5 de febrero de 1991) que la poesía de Rafael Alfaro, como en actitud teilhardiana, en-

seña a sentir la transfiguración de las cosas cotidianas y a humanizar los objetos y a divinizar la naturaleza.

Teodoro Rubio: lenguaje y ritmo

El sacerdote diocesano Teodoro Rubio Martín, nacido en 1958 en Peñaranda de Duero, en la provincia de Burgos, consiguió el XXV Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística, correspondiente a 2005, con su poemario *Tu mano todo el día* (Ed. Fundación Fernando Rielo). Con más de media docena de poemarios y con importantes galardones literarios, este poeta es una de las voces más interesantes del panorama poético de su generación, como puede comprobarse en el libro que comentamos. La riqueza de lenguaje, el dominio del ritmo del verso más noble de nuestra literatura castellana, el endecasílabo (aunque, a veces —y prescindiendo de alguna errata—, se deslicen cacofonías debido a la cercanía de los acentos, como en ese que dice: «A veces es la luz la mayor sombra»), las contundentes imágenes que salpican su canto, todo ello da fe de que estamos ante un buen poeta del nuevo mester de clerecía.

Dios cercano y presente, aunque a veces permanezca semioculto entre la niebla, es el núcleo de la experiencia y la contemplación que le hacen prorrumper al poeta en soliloquios en los que canta con bien contruidos versos el gozo de la íntima relación con el Padre y Amigo, con el divino amor

inabarcable como el mar. Ésta vendría a ser, en síntesis, la descripción conceptual y formal del poemario *Tu mano todo el día*.

Encontramos los momentos de la ascética, los de la noche oscura («Porque busco la luz igual que un naufragio, / con la misma ansiedad de los hambrientos, / la desesperación de los suicidas / o el vuelo de los pájaros al alba, / me duele la tristeza de mis ojos»), a pesar de que se atisba en el horizonte la luz divina que todo lo envuelve y puebla de alegría:

«Cuando las nubes forman cordilleras y se abrazan al sol para ocultarlo, y corren tan veloces que la tarde no puede detener sus resplandores, allí te ocultas tú como una sombra, como una oscuridad precipitándose por los acantilados de la dicha. Y yo esperando el próximo crepúsculo».

Encontramos buenos y logrados poemas —entre ellos, los dos sonetos que aparecen en el libro—, en los que no faltan imágenes sugerentes, vigorosas, con la garra y la fuerza castellanas que acompañan a las cosas y recuerdos del campo y de la infancia como vestigios o reminiscencia del paraíso perdido; y también imágenes sorprendentes por la originalidad, muchas veces sostenidas en el contexto de una alegoría de gran eficacia poética, como aquella que habla del tablero de ajedrez que es la vida o un libro de hojas blancas, o las que va deslizándose en la oración o elegía o recordatorio de la madre con un lenguaje poderoso.

Cuatro poetas sacerdotes de hoy

«Casi siempre la tarde se despidе
con el mismo sabor de la ceniza,
quemando las galaxias que se ocultan
al romperse las nubes con tus manos.
Casi siempre tus manos son gaviotas,
que acaban por volar como los pá-
[pados
en la prolongación de nuestros sueños.
Casi siempre los sueños son la muerte.
Y casi siempre el alba resucita».

«¡Cómo duele el amor, pero redime /
y aligera el cansancio!» llega a cantar
nuestro poeta. No es la poesía «de-
sarraigada» —por emplear la termi-
nología de Dámaso Alonso—, que
más tendría que ver con el libro bíbli-
co de *Job* que con el *Cantar de los Can-
tares*. Es una poesía que canta el dolor
de amor y también el amor del dolor,
ese estado de dolorosa purificación
inherente al proceso místico: «soy fe-
liz porque te quiero».

Estamos, pues, ante un libro de poe-
sía mística, que nos lleva de la noche
oscura («En esta soledad de andamio
antiguo / que le crujen los huesos to-
do el día») a la unión con Dios («¡Sos-
tuve tanta dicha entre mis manos, /
tanto aire de amor, tanta alegría!»), a
la celebración de la existencia cristia-
na («Hoy subo hacia la tarde de tu
fiesta / y te miro a los ojos, / y cele-
bro tu vida / y el amor, sin fronte-
ras»), pero que dosifica las imágenes
usuales de la literatura mística del
mejor siglo de oro y se adentra por
nuevos derroteros poéticos. «Yo quie-
ro ser cristal para fundirme / en las
cortinas claras de tus ojos / y conser-
var tu nombre siempre escrito / en el

invierno azul de mis pasiones, /
cuando aceptes del viento las escar-
chas / y el corazón del frío me deten-
ga». En efecto, sólo Dios sacia las an-
sias del corazón humano, del poeta:
«mientras yo apago / la sed en las
mañanas de tus ojos».

Valentín Arteaga: imágenes plásticas e intensa religiosidad

El hoy superior general de la Orden
de los Clérigos Regulares, vulgarmen-
te conocidos como Teatinos, Valentín
Arteaga Sánchez-Guijaldó, consiguió
el XXVI Premio Mundial Fernando
Rielo de Poesía Mística correspon-
diente a 2006 con su libro *Oficio en mí
menor* (Ed. Fundación Fernando Rie-
lo). Este manchego, nacido en Campo
de Criptana, provincia de Ciudad
Real, en 1936, tiene publicados varios
libros en prosa y veintitantos de poe-
sía, con los que ha conseguido impor-
tantes galardones literarios.

El poemario mencionado está perfec-
tamente estructurado en torno al es-
quema de la Liturgia de las Horas. El
autor sale al encuentro de la luz des-
de la sencillez del niño que se deja
llevar por la mano de la madre, por la
mano de Dios, que a veces tanto da, y
desde ahí hace su largo canto de ala-
banza.

El oficio del poeta se nota, así como la
familiaridad con las Sagradas Escritu-
ras, no sólo en los poemas explícita-
mente signados con las citas de refe-
rencia o con la clara enunciación del

tema, sino en lo que solemos denominar intertextualidad en sus diversas variantes, con alusiones o citas implícitas: «La hora de la sangre, del perdón a quien viene por el huerto / y nos besa en la frente»; «Sólo las madres / estarán como siempre / ante la Cruz»; «Todos nosotros recordamos, Señor, perfectamente / la hora justa, incluso el color de los cielos, / el color de tus ojos y el timbre de tu voz»; «y confundimos árboles con hombres»; «Qué lástima / que las manos no ardieran, el corazón no ardiera / al pronunciar el nombre del Señor», etc.

La cuerda del instrumento cantor mantiene su tersura a lo largo de los treinta y siete poemas: unas veces arrancará sus tonos líricos, otras, las menos, una épica discursiva, como en el titulado «Un fuego inextinguible». Aunque con una estructura formal, basada en los versos pertenecientes al ritmo endecasilábico, aparecen, en ocasiones, algunos que no mantienen el ritmo o la medida, como, por ejemplo, el que da comienzo «Mientras tocan a vísperas las campanas», o rimas cercanas que provocan cacofonías en medio del versolibrismo, como cuando escribe: «Cómo no estar seguros / mientras la luz se vierte por los muros...».

Encontramos en este poemario logradas imágenes como cuando dice que «el vientre de las madres / es lo mismo que el ábside de la iglesia» o cuando, al hablar de la necesaria limpieza general, escribe que «Es la hora de hacer sábado hasta en el pensamiento». Efectivamente, la plásti-

dad de las imágenes es una de las características de esta poesía:

«Sentados a tus pies,
como una mujer tonta,
como una enamorada que se olvida
de todo lo demás, así nosotros
colgados de tus ojos, te miramos, mi-
[ramos y admiramos.
Nos perdemos en ti, nos bebemos tu
[voz.

Qué bien, Señor, recoger tus palabras
lo mismo que un orvallo
que nos empapa el alma.
El silencio es un agua que salta del
[corazón
y moja los sentidos»,

junto con la intensidad religiosa:

«Cúbreme con tu túnica.
Me iría desprendiendo de todo cuan-
[to tengo y cuanto soy
e igual que, por la orilla del mar, muy
[de mañana,
entra uno despacio, bien despacio, en
[el centro
de su ser, y las aguas se le pliegan
totalmente a los muslos, y se adapta a
[su vaivén, así,
me dejaré envolver por tu presencia».

En efecto, la religiosidad del poemario *Oficio en mí menor* está fuera de toda duda. Y se encuentra emparentado con otros poetas religiosos de generaciones anteriores y posteriores; de hecho su poema «Elección de los Doce» respira el mismo aire que el poema «Pentecostés» del libro *Apócrifo* de José Luis Martín Descalzo y lo mismo podría decirse del «Himno»

correspondiente a la V parte («Oración de la tarde») que recuerda también, por tema y lenguaje, a «La estancia estremecida» de mi poemario *Parábolas del sueño*, o el juego de palabras «Todo está consumado, todo está consumido» que aparece en el poema «Un designio de amor» de mi *Variaciones sobre una partitura de Vivaldi...*

José Mascaraque: lenguaje torrencial de la epilírica

Una amplia producción poética caracteriza a este sacerdote diocesano madrileño, aunque nunca ha perdido la vinculación con sus raíces manchegas. Algo que, por lo demás, deja traslucir siempre en sus versos. José Mascaraque Díaz-Mingo, nacido en Madrudejos, en la provincia de Toledo, en 1946, posee una gran formación humanística. En los años setenta y ochenta del siglo pasado estuvo inmerso en aventuras literarias tales como la fundación del grupo literario «Síntesis», desde el cual puso en marcha la revista del mismo nombre y una colección de libros de poesía, o como la revista *Martala*, o la colección Pliegos de Estraza...

Más de una docena de poemarios tiene en su haber este autor. El último en ver la luz es *Himnos para el éxodo que viene* (Ed. Visión Libros de Madrid). Se trata de un libro extremadamente extenso para lo que se suele usar en este tipo de obras, compuesto tan sólo por tres generosos y dilata-

dos poemas. Sin embargo, aun tratándose de un poemario de largo aliento, no se advierte en ningún momento falta de unidad o de coherencia temática y formal. La explicación puede encontrarse en la página final, donde el propio autor confiesa que estos versos «vieron la luz a vuela pluma entre Madrid y Madrudejos durante los meses estivales del año 1997».

Ya los títulos de cada uno de los tres poemas que componen el libro da idea de la retórica que lo caracteriza; es significativo transcribirlos en su integridad: «Himno en Honor de la Estrella Matutina: la Hermosa, la Pulcra, la Graciosa, la Radiante Princesa de la Mañana de Santa y Enamorada Memoria», «Confiteor Poético a la Belleza y sus Ángeles en pro de un Himno en Honor de Jesús Poeta y del Verso Encarnado para un Éxodo a través de las Palabras hacia la Poesía Prometida» y, por último, «Himno Belenístico en pos de las Sílabas Luminosas que Alumbren los Éxodos Anónimos».

Ahora el lector puede sospechar que estamos ante un libro de poesía peculiar, dotado de una cierta originalidad, que podemos inscribir en una línea de epilírica (una mezcla de indefinibles fronteras entre la épica y un lirismo sostenido y algo soterrado por la verborragia —y no se entienda aquí como descalificación— constante).

Una vuelta a la frescura original de la vida rural y la pureza primera de la fe cristiana con la Madre del Reden-

tor que puso su tienda de campaña como Verso Encarnado entre los hombres. Estaríamos aquí ante la misma visión del teólogo Yves Marie Congar cuando identifica a Cristo con la Poesía. Del cielo al suelo, de lo divino a lo humano, de lo eterno a lo cotidiano, en un constante ir y venir como el péndulo que marca un tiempo que viene de Dios y terminará en Él. Entiéndase, pues, como un alegato a quienes han preferido las tinieblas a la luz, hecho con retales de emoción personal y autobiográfica y de reflexión heredada y aprendida. Tiene razón, por tanto, Fernando de Villena, prologuista de *Himnos para el éxodo que viene*, cuando afirma que «el poeta identifica religión, belleza y poesía y de este modo llega a preguntarse si las estrellas son sílabas luminosas».

Pese a todo, no es un poemario fácil para quienes no estén muy familiarizados con los recursos del arte literario o hayan circunscrito sus lecturas a un determinado tipo de fórmulas poéticas. No sólo por el uso de neologismos o evocaciones de un mundo rural casi en trance de desaparición, no sólo por las imágenes rescatadas casi siempre de los libros veterotestamentarios (como evocación de un mundo patriarcal, eminentemente agrícola y ganadero), sino, sobre todo, por esa especie de escritura «derramada» que se sucede incesante-

mente en sus páginas. Podríamos citar muchos fragmentos al respecto; baste uno:

«Allá álzase una luz,
acá están los dedos rotos de una
[mano,
acullá el azar espabila
con simpatía magra
las frentes de unas caballerías
y enseguida cual albaceas
los chavalines dan palmas
con la misma maestría y buen oficio
que la figurilla del herrero forja sue-
[ños con el hierro
y empiezan a cantar villancicos
para anunciar la fecha,
la hora, el lugar y los pormenores
del nacimiento del Niño
que salió del vientre
con unos ojos como bombillas
y una mirada de pájaro de buen
[agüero
sin mover un dedo de sus pies de ar-
[cilla,
como ese puñado de mujeres
con su longevidad a cuestras
dando más jaleo
que en el saqueo de Roma
para ofrecerle los primeros pañales
a la entrada de la gruta».

He aquí, pues, un ejemplo de ese lenguaje torrencial o escritura derramada de que hablábamos antes, con el que se nutre el centenar largo de páginas de *Himnos para el éxodo que viene* de José Mascaraque Díaz-Mingo. ■